

EL VENDEDOR DE NUBES

Mario Satz



EIRENE EDITORIAL

© El vendedor de nubes: Mario Satz
Cedido en 2014 para uso no comercial a Eirene Editorial «El club Eirene»

EL VENDEDOR DE NUBES

Hubo, hace muchos años, en una plaza de Nápoles un vendedor de nubes de azúcar llamado Paolo Pilorriza, de cabellos tan blancos como las etéreas golosinas que vendía.

Trabajaba poco porque su auténtica pasión eran los prismas de cristal con los que repetía la experiencia de Isaac Newton en su Inglaterra natal cuando, en una época de rebrote de la peste, hubo de retirarse al campo. También Paolo Pilorriza, que no tenía estudios pero era un lector que abusaba de sus ojos, iba los fines de semana con su colección de cuarzos y prismas al campo, donde había levantado una cabaña en un terreno heredado en la que amontonaba sus notas sobre el misterio del color. Los objetos eran allí escasos, el horno quecocía las pizzas confortable y la leña abundante.

De tanto en tanto lo acompañaba algún sobrino o un amigo, pues Paolo era viudo y no tenía hijos. Las nubes de azúcar no le daban mucho para vivir, así que también pintaba pequeñas manzanas con una capa de caramelo ambarino y así, entre una y otra cosa, llegaba a sus fines de mes con algo suelto para comprarse otro prisma.

Desde el momento en que cerraba los postigos y preparaba todo para desprismatizar la luz le sobrevenía un escozor en las puntas de los dedos, se le secaba la garganta y ardían los párpados. Que algo tan simple, mil veces repetido, le causara una deliciosa emoción, era algo que sus acompañantes no entendían.

—No entiendo cómo no te aburre hacer siempre lo mismo —solía decirle su sobrino Gianni.

—Es que es diferente cada vez —respondía entonces Paolo Pilorizza, el vendedor de nubes—. No sé cuántas veces lo habrá hecho Newton, pero estoy seguro de que le lagrimearon los ojos cuando descubrió que el alma de la luz es de colores y su cuerpo blanco, al revés de lo que cree la gente, que suspira por tener el alma blanca y se viste de colores.

—Es para echarse a reír, tío —insistía Gianni—. Tus prismas me hacen pensar en esos vestidores de la playa en los que entran y salen bañistas. Decir que la luz se viste y se desviste es una exageración ¿no te parece?

—Tómalo como te parezca —dijo Paolo Pilorizza—, el caso es que el manzano de Newton todavía existe y que yo, por casualidad, vendo manzanas acarameladas y, como él, adoro la refracción, los prismas y los colores.

—Tú eres un simple vendedor de golosinas napolitano y él fue un eminente científico inglés —comentó el sobrino.

—¡Qué más da! —Sonrió el vendedor de nubes—, la luz nos regala sus tesoros a todos sin discriminación. Que un simple haz blanco oculte en su interior tantos matices, que esos matices sean los del arco iris y que podamos verlo sin mediar ninguna tormenta, aquí, en esta modesta cabaña de las afueras de la ciudad ¿no es un gozo ilimitado? Newton fue un científico para todos, pero un mago para sí mismo. Yo soy un vendedor de nubes de azúcar para la gente, pero un devoto del color para mí mismo. Dicen que las apariencias engañan, pero lo que las apariencias hacen es excitar la imaginación, jugar con nosotros a ocultar sus bellezas, rodearnos de sorpresas, envolvernos de enigmas hasta que un buen día, sin saber cómo, abres una puerta invisible y ahí está el mundo acabado de crear, fresco como el corazón de una lechuga. En la más

pequeña semilla de medicago dejan su huella las galaxias y descansan los remolinos.

Incómodo, Gianni preguntó: —¿Qué demonios es el medicago, un invento tuyo?.

—No, claro que no. Es una planta de la familia de los tréboles.

—¿De la suerte?

—Por supuesto —respondió Paolo Pilorizza, el vendedor de nubes— ¿Cómo, si no, estaríamos aquí tú y yo?



Estimad@ lectora o lector, te agradecemos haber elegido nuestra compañía. Deseamos que, en estas páginas, hayas encontrado los dones que te ofrece la Diosa Eirene, paz, amor, alegría, y que ellos te acompañen siempre en tu camino.

www.eireneditorial.com